

En recuerdo de Juan Pablo Ortega

Amigas, amigos,

Lamento no poder acompañaros personalmente en esta reunión en recuerdo y homenaje de nuestro querido Juan Pablo Ortega. Pero no quiero dejar de unirme a vosotros al menos con unas pocas palabras. Juan Pablo fue ante todo un educador, un maestro, que a mi juicio es el papel más civilizador que puede desempeñarse en nuestras sociedades. Y entendió la educación no como una forma de adoctrinamiento, sea en un sentido o en otro, sino como un ejercicio para desarrollar el conocimiento objetivo y la formación de valores desde la crítica y la libertad. Porque educar no es amaestrar sino emancipar de la ignorancia y los prejuicios tradicionales. En eso consiste el laicismo, que no es animadversión a la religión sino animadversión al dogmatismo que se impone a despecho de la razón, desde el sentimiento o la fábula.

Pero Juan Pablo Ortega tenía también otra virtud que sólo poseen los mejores educadores y que no se aprende en ninguna escuela de Magisterio. Era un hombre profundamente bueno. Decir esto no es una simple reverencia que suele hacerse a los fallecidos, porque creo que todos los que le conocimos le hubiéramos calificado así durante su vida en cuanto alguien nos preguntase por él. Y ser bueno es una disposición extremadamente útil en un maestro, porque las ciencias se enseñan, pero los valores en gran medida se contagian. Claro que Juan Pablo fue "en el buen sentido de la palabra bueno", como diría Antonio Machado: es decir de una bondad nada fofa, enérgica, valiente, comprometida. Y también inteligente. No a todos los maestros se les puede exigir esta bondad, pero a quienes la poseen y la comunican quisiéramos tenerles siempre a nuestro lado porque son insustituibles.

Como lo fue Juan Pablo Ortega para quienes nos beneficiamos de su magisterio. Adiós, querido amigo: ha llegado el último baño del verano. Que las aguas de esa playa a la que todos iremos un día nunca sean demasiado frías para ti...



Fernando Savater